

Uno de los objetos que más llaman la atención en la iglesia de las Huelgas como histórico, monumental, tradicional, glorioso y de los más bellos y gratos recuerdos, es el estandarte que ondeaba en la célebre é importantísima batalla de las Navas, dirigida por D. Alfonso el Noble, el inolvidable fundador de este monasterio. La memoria de la batalla va unida á la fundación del convento, pero la de aquella célebre víctima va unida asimismo á la del culto y devoción de la Virgen María en nuestra patria.

En efecto, aquel estandarte colgado de la bóveda y que sombra el sepulcro de Alfonso VIII, lleva la efigie de la Virgen María. ¡Por qué fatalidad donde tantos dibujos se han hecho del estandarte musulmán, cogido en la tienda del emir de los creyentes, todavía no se ha dado un dibujo de esta santa, celebrísima y preciosa antigüalla? Escritores hay que después de gastar muchísimo tiempo en describir y diseñar el pendón musulmán no tienen ni una línea para el estandarte cristiano, para el pendón real de Alfonso VIII, para la primera y principal alhaja del monasterio de las Huelgas. ¡Y qué extraño es que los estúpidos tallistas del siglo XVII quitaran el altar antiquísimo y primitivo de la iglesia sustituyéndole con un pesado, ridículo, grotesco y afrentoso armatoste de madera dorada, que se avergüenza de estar allí, que está clamando á voces que lo echen de allí, si aun los escritores modernos, después de entusiasmarse con el pendón árabe, mirarlo y remirarlo, no tienen una mirada para el español, para el cristiano, para el de la independencia de la religión y de la patria (1)! ¡Oh manecilla, manecilla!

Mas esa línea que falta no se le olvidó á D. Rodrigo Jimenez de Rada, nuestro primero, verídico y austero cronista, el cual supo decir en la descripción de la batalla:—«La imagen de María que iba en el pendón del rey (2).»

Pero esta batalla que mereció ser festejada con una festividad especial en la Iglesia de España, trasladando á las lecciones de su rezo el texto del arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, testigo y narrador de ella, bien merece, siquiera no esté dedicada á la Virgen María, que consigamos las últimas líneas de la lección VI que á ella alude:—«Finalmente, á vista de la imagen de la Virgen María, que iba pintada en las reales banderas, quedó derrotada una enorme muchedumbre de musulmanes.» Por lo que y por ser la Cruz el símbolo é insignia de los cristianos llamóse el *Triunfo de la Santa Cruz* á esta victoria que se obtuvo el 16 de Julio de 1212.

(1) Sería oportuno recordar á estos maurófilos el dicho de D. Alberto Lista. Leia á su presentación un literato cierta composición en la cual principiaba un párrafo con estas palabras:—«Desgraciadamente para los moros.....»

—Tache V. eso, le dijo Lista, y ponga en su lugar:—«Afortunadamente para los cristianos.....»

(2) Las palabras del rezo en la lección VI del Oficio de la Santa Cruz, tomadas de la narración entusiasta de D. Rodrigo Jimenez de Rada dicen: *Ad presentiam imaginis beate Virginis Mariae, quae in vexillis regis depicta erat, ingens maurorum multitudo corruit.*

XXII.

FUNDACION DEL MONASTERIO DE SIXENA:
NUESTRA SEÑORA DE SALAS Y OTRAS FUNDACIONES DE
D. ALFONSO II EL CASTO EN EL ALTO ARAGON:

Al lado de D. Alfonso el Noble peleó en la batalla de las Navas el valeroso D. Pedro II de Aragon, llamado el Católico, que tuvo el alto honor de salir herido de lanza mora en aquella ruda pelea. ¡Dichoso él si la enemiga lanza hubiera puesto fin á sus días! Hubiérale ahorrado entonces su adversa suerte morir peleando contra caballeros cruzados, dejando su fama en problema, y viniendo su cadáver á ser enterrado á la puerta del monasterio de Nuestra Señora de Sixena. Preciso es hablar tambien de este célebre monasterio, equivalente en Aragon al de las Huelgas en Castilla, panteon regio y cabeza de otros monasterios de especial regla y observancia (1).

Reinaba en Aragon D. Alfonso II, hijo de D. Ramon Berenguer y de la piadosa reina doña Petronila, á quien sus virtudes é inusitada continencia hicieron apellidar el Casto, ni más ni ménos que al otro Alfonso de Leon y Asturias, á quien la historia honró con igual dictado á fines del siglo VIII y comienzos del IX. Coetáneo y amigo de D. Alfonso el Noble VIII de Castilla, que reinó de 1158 á 1214, fué el Casto de Aragon, segundo entre los Alfonsos de aquel reino, que gobernó felizmente aquellos países de 1163 á 1196, casando con doña Sancha, infanta de Castilla y hermana del dicho Alfonso VIII.

Corría el mes de Noviembre de 1180, cuando en un pueblecito del alto Aragon, llamado Sixena, que era encomienda de la orden de San Juan, ocurrió un prodigio que llegó á oídos de la corte. Una noche desapareció la efigie de la Virgen, que era venerada en el altar mayor de la iglesia del pueblo, si por alguna profanación ó irreverencia cosa es que se ignora. Buscáronla por diferentes partes creyendo fuera robada. Cuando desesperanzados de encontrarla iban á cesar en sus pesquisas, agitóse de pronto la gente del pueblo con las voces de un vaquero, que gritaba por las calles haber hallado la sagrada efigie.

Está el pueblo de Sixena á orillas del Alcanadre, que baja de las montañas de

(1) *Historia del Real monasterio de Sixena*, escrita por el R. P. Fr. Marco Antonio Varon del orden de San Francisco. Dos tomos en cuarto, en Pamplona, año de 1773.

Este padre que dió noticias muy curiosas acerca de la fundación de este célebre monasterio, dejó muy pocas acerca de la Virgen, gastando el tomo II en narrar lo que importaba poco y fuera mejor haber omitido ó narrado más sucintamente.

En lo relativo á la Virgen de Sixena y otras efigies de la Virgen, que allí se veneran, ha sido preciso tener en cuenta las narraciones del P. Faci.

Aragon, las cuales, á manera de antemural del Pirineo, son sus primeras estribaciones, y contra ellas vienen á estrellarse el Cinca, el Aragon y el Gallego, á los cuales obligan á torcer su curso á poco de haberse desprendido de aquellas altas montañas. Tres pueblecitos eran los que poblaban por aquella parte el valle por donde corre el Alcanadre, llamados Sixena, Sena y Urgelet; estos dos últimos se hallaban situados sobre pequeñas eminencias, aquel en el centro de la vega.

En un prado inmediato al pueblo por la parte de Occidente habia una pequeña laguna, en el centro de la cual se alzaba un islote cubierto de juncos, espadañas y otras plantas acuáticas y palustres. El vaquero, que cuidaba el ganado del pueblo, observó que un toro de la manada se separaba de ella todos los días y pasaba al islote, al parecer no en busca de mejores pastos. Dióse traza de pasar él tambien y vió con sorpresa la efigie fugitiva, que no robada, ante la cual respetuoso se prosternaba el bravo animal, olvidado de su pasto. Corrió allí el pueblo, volvióse la Virgen á la iglesia una y otra vez, y una y otra vez volvió á desaparecer de ella á pesar de la vigilancia, devociones y plegarias.

En vano los de Urgelet y Sena, pueblos más sanos y de más vecindario, propendieron á que se la colocase en las ermitas de Santa Ana y otras situadas sobre las cercanas colinas, más próximas á sus pueblos, y desde las cuales se gozaban las perspectivas de hermosos paisajes, vastos panoramas y más saludables aires. La Virgen se volvía por la noche al islote donde se la habia sacado procesionalmente por la mañana. Por raro, por caprichoso, por muy repetido que esto sea, en las apariciones de otras efigies de que nos hablan Camós y Ustarroz en el siglo XVII, Villafañe y Faci en el XVIII, ¿habrémos de negarlo? ¿Nos es dado escudriñar los arcanos de la Providencia, ó negar estos sencillos prodigios que no milagros, porque los veamos reiterados y repetidos por una y otra tradicion? A la verdad, si hubiera fraude ó mediara interés, se comprende que estos fuesen para salir de un pantano y mejorar de sitio; ¿pero qué interés humano podia haber en construir un edificio y viviendas sobre un charco y con perjuicio de la salud?

La noticia de estos sucesos llegó á la corte de Aragon, que á la sazón se encontraba en Huesca. Seguianla muchos caballeros de la órden de San Juan, y entre ellos el maestro de San Gil en Provenza y el de Amposta, que llegó á ser superior de la órden en Aragon, con el título de *Gran Castellán*. Tenian estos noticia de los prodigios de la Virgen de Sixena como de cosa suya. Allí se trasladó el rey con su esposa doña Sancha y reconociendo el terreno y autentizando los hechos, convinieron en fundar iglesia y monasterio en aquel paraje, por incómodo é insalubre que fuese, puesto que lo habia elegido la Virgen para su estancia, y no era justo quedase allí á la intemperie.

Quizá en un principio no pensaron los reyes y piadosos consortes en hacer una cosa tan grande y de tal importancia como la que vino á resultar. Hicieron terraplenar la laguna y construyeron la iglesia en ella, dejando á la Virgen en el sitio donde estaba y en su altar mayor, siquiera no sea este el que hoy ocupa (1). A fin de dar más ensanche al monasterio hicieron á los vecinos reunirse sobre la colina con los de Urgelet, abonándoles generosamente los gastos y resultando un nuevo pueblo que tomó el título de Villanueva de Sixena.

(1) Hoy la Virgen está dentro del coro en un altarito. El altar mayor representa la Asuncion de la Virgen á los cielos.

Encomendóse por la reina la direccion de la fábrica al arciano de Huesca, llamado Ricardo, á quien tenia encargada á la vez la construccion de un monasterio de benedictinos en Huesca y la restauracion del célebre é inmediato de Nuestra Señora de Salas.

Con la efigie de esta habia ocurrido por entonces otro prodigio análogo al de Sixena. En la vega de Huesca habia una antigua ermita dedicada á la Virgen bajo la advocacion de Nuestra Señora de la Huerta. Un día apareció al lado de esta en el altar otra efigie de la Virgen que era venerada en el altar mayor de Salas-altas, pueblo inmediato á Barbastro. Reclamaron la devolucion los del pueblo, pero la negó el obispo de Huesca, y la reina ofreció ampliar la ermita, que se construyó con gran magnificencia al mismo tiempo que la de Sixena, segun queda dicho.

Dióse la preferencia á la de Salas por cortesía, segun dicen los autores, en mi juicio por razon de antigüedad y mejor talla. La Virgen de Salas está sentada, la de la Huerta en pié, lo cual indica menor antigüedad: la de la Huerta fué cubierta de chapa de plata dorada: quizá el ser mas tosca hizo que se la retocara á fines de siglo XII, ó principios del XIII, añadiéndole el rico metal para darle mayor brillo y alguna hermosura.

La antigua iglesia de Nuestra Señora de Salas y de la Huerta construida por doña Sancha, era grandiosa y elegante, siendo lástima grande que no haya llegado hasta nuestros dias tal cual la hizo construir la piadosa reina. Tenia la iglesia 180 palmos de longitud por 85 de latitud y correspondiente altura: las bóvedas estaban sostenidas por los nervios que partian de 16 columnas delgadas que dividian el templo en tres naves.

La advocacion á la Virgen de Salas fué muy grande. Los obispos de Huesca se titulaban *Priores de Salas*, y tomaban posesion del priorato al ir á entrar en Huesca para ocupar su silla, y su Universidad la tenia por patrona, figurando en su sello con un crucifijo y San Martin de Valdesora.

La advocacion de Nuestra Señora de Salas camdió no solamente por todo Aragon y países limítrofes, sino tambien por Castilla y otros del Ebro aqñende, hasta tal punto que D. Alfonso el Sabio en su libro de leyendas y cantares á la Virgen María, de que luego se hablará, dedicó mas de veinte cántigas á narrar sus glorias y milagros. Y es lo mas extraño, que dedicando tantas á la Virgen de Salas, seis á la de Monserrat, otras tantas á la de Rocamadador y otras varias á otras menos célebres de España y del extranjero, de Paris, Evora, Porto y otros puntos, no dedicó ninguna á la del Pilar de Zaragoza. Es mas: narrando un milagro acontecido en Zaragoza, lejos de llevar á la mujer desgraciada á los piés de la Virgen en su Pilar Sagrado, la hace viajar á Huesca á visitar á Nuestra Señora de Salas. Parece increíble y nos costaria trabajo explicarlo si es que entrara en nuestro propósito el hacerlo.

Los otros milagros de la Virgen de Salas mas principales y cantados por D. Alfonso, son los siguientes:

De cómo Santa María resucitó un niño en su iglesia de Salas.

De cómo un caballero que perdió su azor fué á pedirselo á la Virgen de Salas, y estando en su iglesia se le vino á la mano.

De cómo un hombre de Morella que iba á menudo á Santa María de Salas y

llevaba su imagen, consiguió que no se apedrease su viña cuando se apedrearon todas las inmediatas.

De cómo Santa María curó á un hombre que era tullido de cuerpo y de los miembros en su iglesia de Salas.

De cómo una mora llevó su hijo muerto á Santa María de Salas y ésta se lo resucitó.

De un milagro que hizo Santa María de Salas por una mujer de Lérida que se le morían sus hijos y al último se lo resucitó á los tres días de muerto.

De cómo una mujer de Pedra Salze (Peralta de la Sal?), yendo con su marido á Salas, perdió un niño al pasar un río y al llegar á Salas lo hallaron vivo en el altar.

Por estas muestras se pueden colegir las otras.

La piadosa reina Doña Sancha logró ver terminadas no solamente la iglesia de Salas, sino también la iglesia y convento grandioso de Sixena, en tales términos que principiada la obra en 1183, estaba ya casi terminada á fines de 1187. Pero faltaba dar alma y espíritu al templo material y á los edificios adyacentes, pues alma son de ellos las comunidades que los habitan.

Como el territorio era en lo temporal y espiritual de la orden de San Juan, dispuso que el obispo de Huesca, que lo era ya el arcediano Ricardo, formase una regla calcada sobre la de San Agustín y la del orden de San Juan, que tiene esta por base, á fin de que viviesen como comendadoras de la orden de las doncellas que habían de poblar el monasterio, siendo este el primero de mujeres que tuvo aquel instituto tan célebre en la Iglesia.

La profesión se hizo el día 23 de Abril de 1188 con gran solemnidad, oficiando el obispo de Huesca y á presencia de toda la corte, del Castellán de Amposta y muchos caballeros San Juanistas; previa la consagración de la iglesia y la ceremonia de armar caballero el rey á su hijo el infante D. Pedro.

Nombró la reina para priora á doña Sancha de Abiego, la cual recibió el hábito de manos del Gran Castellán, previos los juramentos y fórmulas rituales. Puesta la nueva priora á la derecha de la reina y teniendo á la izquierda de padrino al infante D. Pedro, fué dando el hábito con la cruz blanca á las doce doncellas que ya tenían solicitado, todas ellas de la primera nobleza de Aragón y Cataluña y muchas de ellas damas de la cámara de la reina.

Es chocante que ninguna de ellas llevase el nombre de María, lo cual ratifica la opinión, que luego veremos, de que este nombre lo adoptó antes la gente del pueblo en Castilla y Leon que en Aragón, y antes la gente del pueblo que la aristocracia en uno y otro país. Sus nombres eran Arnalda de Cruillas, Teresa Gombal de Entenza, Osenda de Lizana, Beatriz de Cabrera, Sancha de Urrea, Urraca de Lisa, Juana Catalana, Beatriz de Castellazol, Oria de Valtierra, Alfectriz de Moncada y Echa de Sotarás. También se dió el hábito á la infanta doña Dulce, hija de los reyes y de tierna edad.

La misma reina quiso profesar también, y no pudiendo hacer los votos solemnes, como casada, profesó como donada del monasterio, al estilo de los antiguos caballeros de San Juan de la Peña, los cuales, al ir á la guerra solían profesar como *donados*, ya que no podían hacerlo como monjes benitos. La historia ha conservado la fórmula de este curioso juramento que traducido del latín dice así: (1)

(1) Puede verse este curioso juramento en la pág. 60 del tomo I de la citada *Historia et seal monasterio de Sixena*. El juramento está en latín.

«Yo, Sancha, por la gracia de Dios, reina de Aragón, condesa de Barcelona y marquesa de Provenza, me ofrezco á Dios, á la Bienaventurada Virgen María, á San Juan Bautista y á los pobres enfermos de Jerusalem en vida, y para cuando muera elijo por sepultura este monasterio. Amen.»

Aprobó el Papa la fundación y también los maestros de la orden, á los cuales quedó sujeto el monasterio, como lo estaban los capellanes y el clero y pueblos de su señorío, en lo espiritual y temporal, á la señora Maestra, lo mismo que en las Huelgas á la abadesa. El Papa y los maestros aplauden el instituto como nuevo y desconocido ántes. Despues á imitación suya se fundaron otros de religiosas San Juanistas en España y otros puntos.

Cumplió la reina fundadora su palabra, pues habiendo quedado viuda se retiró al monasterio de Sixena, donde murió y fué enterrada. Allí murieron también y fueron enterradas con el hábito de la orden, la infanta doña Dulce y otras varias que mas adelante tomaron allí el hábito, entre ellas doña Blanca, doña María y doña Hermenegilda. Allí habitaron también por mucho tiempo ó hasta el fin de su vida otras reinas y princesas, entre otras doña María de Aragón y doña Constanza, reina de Hungría y Sicilia.

Allí yace asimismo el malandante D. Pedro II de Aragón, de quien se habló al principio de este capítulo, por haber peleado varonilmente en la batalla de las Navas. Era católico de corazón y verdaderamente fervoroso, enemigo de los albigenses á los cuales había perseguido y castigado, pero sus costumbres no estaban en armonía con su fe. Era adicto á la Santa Sede, de lo cual dió pruebas al coronarse en Roma de manos del papa Inocencio III, mas tenía un defecto gravísimo..... la sensualidad. De un padre como don Alfonso el Casto de Aragón y de una señora tan virtuosa y honesta como doña Sancha, á la cual antiguos escritores no vacilaron en apellidar *Santa*, salió un hijo como don Pedro, á quien parecieron bellas algunas que no lo eran tanto como su bellissima esposa, cuyo vínculo descaaba anular el Papa con frívolos pretextos que aquel rechazó.

No por socorrer á los albigenses, sino por oponerse al despojo de sus parientes los condes de Fox y de Tolosa, funestos fautores de ellos, se creyó en el caso de pelear contra Simon de Monfort y los cruzados, reduciéndolos al último apuro, contra los consejos desinteresados de Santo Domingo de Guzman, que en vano le profetizó el riesgo que le amenazaba.

Abandonáronle cobarde y quizá pérfidamente los herejes y felones primos, y allí murió desastrosamente en la batalla de Murell, víctima de su indiscreto arrojo en defensa de mala causa. Levantaron su cadáver los caballeros San Juanistas que le acompañaban y apreciaban mucho, y de allí lo trajeron á Sixena junto á los restos de sus benditas madre y hermanas.

Allí yace á la puerta de la iglesia, y allí bajo los arcos de la puerta, como fúnebre guardia de honor, yacen asimismo en sendas arca de tosea piedra, maltratadas por el tiempo y la intemperie, los restos mortales de siete caballeros San Juanistas, que á su lado sucumbieron en la aciaga escaramuza. Por ese motivo el monasterio de Sixena fué mirado también como régio panteon, siquiera no alcanzase en número é importancia á Poblet y las Huelgas.

La insalubridad del monasterio como fundado sobre una laguna, y cuyos claustros bajos rebosan con continua humedad, hicieron que las religiosas no pudieran

guardar completa clausura, y defendieron en este punto briosamente su derecho ante la Santa Sede respecto de los decretos del Concilio de Trento. A la verdad era cuestión de morir ó abandonar la casa. Los reyes protegieron siempre á esta como cosa suya, y han solido dispensar toda clase de consideraciones á la Maestra ó superiora, cuando al pasar por cerca del monasterio se han acercado á la corte en union de algunas religiosas á besar la real mano, dándoles asiento y convidándolas á la real mesa con singular agasajo.

Dos efigies más de Nuestra Señora se veneran en el monasterio de Sixena además de su titular, la cual, segun queda dicho, no está ya en el altar mayor; sino en el coro: la una que está en el coro, se titula Nuestra Señora de la Nave; la otra en el claustro y se titula del *Parlatorio*, equivalente á locutorio. (1) De la primera se dice que la mandó construir un caballero San Juanista, que yendo de corso en galeras de la orden, como acostumbraban aquellos caballeros limpiando el Mediterráneo de piratas argelinos, sufrió tan deshecha borrasca que creyó perecer en ella. Encomendóse á Nuestra Señora de Sixena, ofreciendo poner en el coro otro altar dedicado á la Virgen, que hiciera juego ó armonía con el suyo. Cúmplolo así y fué cosa notable que al computar el tiempo del suceso recordaran las religiosas que, al mudar el traje de la Virgen, lo habian hallado por aquellos días mojado y con arena.

XXIII.

CUANDO PRINCIPIARON LAS MUJERES EN ESPAÑA A TOMAR POR NOMBRE EL DE LA VIRGEN MARIA.

Aunque parezca este punto de erudicion un objeto de mera curiosidad, escasa importancia y ninguna aplicacion, con todo eso, despues de estudiado se verá que no deja de tener alguna utilidad al tratar del culto de la Virgen Maria en nuestra patria y su desarrollo, puesto que el tomar por nombre el de algun santo, no es solamente entre los cristianos un acto de mera distincion y denominacion, sino tambien de abogacia, devocion, culto especial y advocacion, por cuyo motivo, comunmente se toma por titular el nombre del santo cuya festividad celebra la Iglesia el dia del nacimiento, ó de tomar otro se celebra el *dia del santo* á diferencia del *dia del cumpleaños*.

En los primeros siglos de la Iglesia los nombres en España eran individuales, siquiera á veces los hispano-romanos tuvieran nombres de familia, como *Valerius*,

(1) Llámase así, segun conjetura Faci, porque desde el paraje hácia dentro del monasterio les obliga el silencio.

Torquatus. Entre los siete varones apostólicos enviados por San Pedro y San Pablo á España desde Roma, aparecen nombres romanos, tales como *Torquatus* (el del collar de la palabra *torques*), *Secundus* (Segundo), *Cæcilius* (el cieguillo); al paso que Tesifonte, Esicio ó Isicio y Eufrasio (*Ciesiphon*, *Hesichius*, *Euphrasius*), parecen de origen griego, aunque probablemente serian españoles procedentes de las muchas colonias griegas que en el litoral del Mediterráneo, y aun del Océano, tuvieron los pueblos helenos dentro de la Península. Mas adelante, en la época visigoda, los santos españoles tienen sus nombres expresivos. *Vincentius* (el vencedor), *Emilianus*, *Fulgentius* (el que resplandece), *Florentina* (la que florea), *Isidorus* (el que brilla como un astro), *Eugenius* (el animoso de *jeuget* ¡muy bien! ¡bravo!) El de *Ildephonsus* se supone germánico: *fons* ó *funs* dicen que en tudesco significa *ardiente*: la radical *Ill* juega en muchos nombres españoles, Ilderado, Ildufo, Ildegonda.

El nombre mismo de Pelayo (*Pelagius*) es latino y muy latino: basta recordar lo que la heregia pelagiana y semi-pelagiana habian dado que hacer en la Iglesia. Si nuestros historiadores, en su necio *goticismo*, se hubiesen pagado ménos de aquellos bárbaros conquistadores y de la *holgazana sangre goda*, y hubiesen apreciado más y mejor el elemento español primitivo y originario, buscándolo en los aborígenes de las montañas del Norte, no hubieran necesitado hacer godo á D. Pelayo, y le hubieran hecho español, como su nombre, y las montañas mismas en que se atrincheró.

En los ocho primeros siglos se hallan pocos nombres de santos: véase, para formar juicio, los nombres de los prelados toledanos:

Siglo IV: Melanico, Patruino, Toribio, Quinto, Vicente (*Vincentius*), Paulato, Natal, Audencio, Asturio.

Siglo V: Isicio, Martino (segun otro *Mayorinus*), Costino, Santicio, Praumato.

Siglo VI: Pedro, Celso, Montano, Juliano, Bacauda, Pedro, Eufimio, Exyperio, Conancio, Adelfio.

Siglo VII: Aurasio, Heladio, Justo, Eugenio, Ildefonso, Quirino, Juliano, Siserberto, Felix.

Siglo VIII: Gunderico, Sinderedo, Urbano, Sunicredo, Concordio, Cixilia, Elipando.

En el XI, hasta poco ántes de la reconquista, Justo, Saturnino, Salvato, Pascual.

Si en estos prelados apenas hallamos nombres de alguno que otro santo, ¿qué sería en el resto del pueblo, en el cual debemos suponer menos devocion?

Los nombres usuales entre las clases populares de España en el siglo IX, los podemos estudiar en el martirologio de Córdoba, escrito por San Eulogio, que sucumbió tambien al cabo de aquella persecucion.

Los nombres de los mártires son:

Año de 850: Adulfo y Juan de Sevilla.

Año de 851: Isaac, monje; Sancho, francés; Pedro, presbítero de Ecija; Walabonso, diácono; Sabiniano y Wistremundo, monjes; Sisenando, diácono de Beja en Portugal, Paulo de Córdoba y Teodomiro de Carmona.

En los años siguientes, Gumesindo, presbítero toledano, Servus-Dei, monje, Aurelio con su esposa Sabigoto (Sabigoton ó Sabigotona) y Félix con su mujer

Liliosa, Cristóbal y Leovigildo, monjes, Emilia y Jeremías de Córdoba, Rogelio de Granada, Servio Deo, monje de Siria, Fandila, presbítero y monje, Anastasio, monje, Abundo, Amador, Pedro, Ludovico, Witesindo, Hellas, Paulo, Isidoro, Argemiro, Adolfo, Juan, Rodrigo (*Rudericus*) y Salomon. Fácil es distinguir entre ellos los que son de origen hispano-latino de los que son procedentes de la raza visigoda.

Los nombres de los santos mártires son además de los ya citados:

Flora de Córdoba, María de Elepla, hermana de San Walabonso, en la primera persecución. En la de 853, Digna, Colomba (*Coloma*, paloma) y Pomposa, vírgenes y monjas; Benilde, matrona. Finalmente en 856, Santa Aurea, virgen y religiosa, probablemente la que dió por contracción origen al nombre de Urraca. Solo pues, una lleva el nombre de María.

No es menos curioso observar todos los nombres de las reinas católicas desde Recaredo hasta D. Alfonso VI.

Los de las reinas godas, Bada, Hilduara, Teodora, Reciberga, Liubigoto, Cixilo y Egilo (1).

Las de los reyes de Leon, son Gaudiosa, Froiliuba, Ermisenda, Adosinda (2), Creusa, Osenda, Numilo, Berta, Paterna, Urraca, Nuña, Jimeña, Elvira ó Gelvira, Aragonta, Urraca, Gotona, Teresa y Velasquita.

Las de Aragon son Gilberga, hija del conde de Bigorra, mujer de D. Ramiro I; Berta italiana, esposa de D. Pedro I; doña Urraca, hija de Alfonso VI, mujer de D. Alfonso el Batallador; Inés (ó segun otros Matilde), hija del duque de Aquitania, mujer de D. Ramiro el Monje; doña Petronila, su hija, reina propietaria, casada con D. Ramon Berenguer y la citada virtuosa señora, doña Sancha, mujer de D. Alfonso II el Casto. Su hijo D. Pedro II el Católico, tambien tristemente citado en el capitulo anterior, casó con doña María de Tolosa en 1202, y esta fué la primera princesa con el nombre de María que ocupó el trono en España ya entrada del siglo XIII.

En el trono de Castilla aparecen más adelante en el mismo siglo, doña María la Grande, mujer de D. Sancho el Bravo; doña María la Segunda, mujer de Alfonso XI y la primera mujer de D. Juan II.

En Aragon llevaron tambien el nombre de María otras varias y entre ellas la mujer de Alfonso V, célebre gobernador del reino. De las cuatro mujeres de Felipe II las dos primeras llevaron el nombre de María. Mas todavía en aquel siglo no se usaba poner aditamento alguno al nombre de María; las advocaciones del Carmen, Rosario, Mercedes, son del siglo XIII, como luego veremos, y las de Concepcion, Soledad, Dolores, Angustias y Asuncion no se hallan hasta el siglo XVI.

(1) Algunos suelen traducir Egilona, Leubigotona y Cixilona. La verdad es que siguiendo la regla de traducir *Plato* y *Cicero* por *Platon* y *Ciceron*, como *lectio* y *oratio* por *leccion* y *oracion*, deberian llamarlas Egilon, Leubigoton y Cixilon, como á la mártir Santa Numilo llamaban en Aragon y Navarra *Numilon*, si quiera en otras regiones sea más común el pronunciar *Numilo* y *Nunila*. Ello es que á la reina Egilona, mujer de D. Rodrigo, la llaman los contemporáneos Egila y los árabes *Ayela*.

(2) Ermesinda es contracción ó variante de Hermegilda, que tiene tambien las modificaciones de Ermegilda, Ermilda, Ermengarde, Armesenda, Hermesinda, Menda, Mencia y otros.

Adosinda es contracción de *Adolphonus*, *Adefonus*, como hoy día se aplica á las mujeres llamándolas Afonsa y antes Alifonsa, y en lenguaje familiar Fonsa con los diminutivos Alfonsita y Fonsita.

En este se principió á dar culto á San José, San Joaquin y Santa Ana, que hasta entonces no lo habian tenido, ó lo habian tenido tan escaso que apenas se halla alguno que otro con el nombre de José (1). Entonces tambien las devotas de Santa Ana principian á unir el nombre de esta Santa con el de la Virgen llamándose *Mari-Ana*, y al par los hombres lo masculinizaron tomando el nombre de *Marianos* (2).

El P. Florez, hablando de doña Teresa, mujer de D. Sancho el Gordo, dice que su hijo don Ramiro tuvo, segun Mendez Silva, «otras hijas, una llamada María, de la que no encuentro apoyo, otra llamada Urraca, que dicen casó con el conde Nepociano Diaz (3). Pero esta es la que nombra *Ora* la mencionada escritura (4).» Se ve, pues, por este pasaje y otros, que Urraca era sinónimo de *Ora*, en latin *Aurea*, como *aurum* se dice oro. El mismo Florez, aludiendo á este pasaje, dice: «María; nombre de que se abstuvieron antiguamente las mujeres.» Y en efecto, no se halla en ningun documento auténtico hasta fines del siglo XII, una vez que esa hija de D. Ramiro resulta incierta con el nombre de María.

La primera vez que halló este nombre en documento cierto y con relacion á persona de ilustre linaje, es en vida de D. Alfonso VII con motivo de tratar de una de sus amigas de harto desdichada historia: llamábase doña Sancha y era hija del conde D. Alvaro de Fita y doña María Alvarez, descendientes de un hijo bastardo de D. Sancho de Navarra el cual á su vez habia casado con doña María Alvarez hija del conde D. Alvaro de Minaya. Entre las hijas del Cid cuentan una llamada doña María, que dicen casó con el conde de Barcelona. Si esto es cierto y tambien lo del casamiento del hijo bastardo de D. Sancho el Mayor con la doña María Alvarez de Minaya, tendríamos ya á mediados del siglo XI en Castilla dos señoras de la nobleza con el nombre de María, antes no usado, y podríamos conjeturar que hácia ese tiempo principian á usarlo las señoras, pero con tal parsimonia, que apenas se encuentra usado en el siglo XII, ni lo lleva ninguna reina ni princesa de España hasta el siglo XIII, en que aparecen con ese nombre las reinas ya citadas y tambien una hija de San Fernando.

Dos razones hubo, á mi juicio, para abstenerse de tal uso en los siglos anteriores y por espacio de mil años. Primero, el gran respeto que inspiraba, hasta el punto de mudarlas doncellas al tiempo de casarse (5); y segundo, el poco uso

(1) Entre los pocos que habian llevado el nombre de San José Esposo de María, es uno el Beato Josef Hermano, de los primeros premostratenses, conocido con el título de *Segundo Esposo de la Virgen*, como ya se dijo al citar su vida escrita por el padre Noriega.

Dicen los Bolandos que Santa Teresa fué la gran propagadora del culto de San José en Occidente. Es cierto, pero eso no quita que tuviera ya algunas iglesias anteriormente. El venerable Padre Talavera, primer arzobispo de Granada, le dedicó una poco despues de la reconquista.

(2) En las fundaciones de Santa Teresa de Jesus y sus Cartas, figura el P. Mariano, uno de los primeros carmelitas descalzos. Poco despues figura en la *Historia de Madrid*, la beata Mariana de Jesus.

(3) *Reinas católicas*: tomo I, pág. 115 de la tercera edición.

(4) *Ibidem*. Se ve aqui claramente el nombre de Aurea convertido en Ora, como de *aurum* oro, y la transición de Aurea en Urraca, pasando por las modificaciones *Aurea*, *Aurica*, *Urica*, *Urraca*.

El emperador D. Alfonso VII estuvo casado con una doña Rica, pero esta era de Polonia. El nombre de esta señora está escrito con mucha variedad, *Richelde*, *Rixa*, *Richa* y alguna vez, segun dice Florez, parece leerse *Urica*, en lo que se ve la tendencia de aqui procurando asimilar su nombre al de Aurea. (Florez: *Reinas católicas*, tomo I, pág. 295).

(5) Dicea que la mora Zaida, hija del rey de Sevilla, mujer de D. Alfonso VI, se llamó Ma-

que en los siglos anteriores se hacia de los nombres de los santos, pues ya hemos visto los pocos que juegan entre los arzobispos de Toledo, y lo mismo pudiera demostrarse con los nombres de los otros obispos de las demás Iglesias españolas, y entre las personas de la clase media que figuran entre los mártires de Córdoba y en el siglo IX.

Respecto del binomio Misol de la fundadora de las Huelgas, debe advertirse que ya á principios del siglo XI aparece entre las amigas de D. Bernardo II, una pecadora arrepentida llamada doña Sol, la cual dona su hacienda al monasterio de San Acisclo y San Roman de Astorga, confesando su falta y su arrepentimiento (1). En 1044 firma una donacion al monasterio de Oña una señora que se dice *María cognomento Sol*.

Pero si el nombre de María escasea entre las princesas y personas de la aristocracia todavía en el siglo XII, y no lo lleva ninguna de sangre real hasta el XII, ó quizá el XIII, con todo era comun ya en el siglo XI entre la gente del pueblo y cosa rara! entre esclavos y pecheros.

En el tumbo de Celanova, era 1068 (año 1030) entre las donaciones de San Rosendo al convento se hallan las cláusulas siguientes: *María Vicenz genuit filios et filias..... María Godestes genuit Gelciram Martiz, et María Martiz. Adefonsus Liviaz genuit María Afonso. María Afonso genuit Petrum Codenera cum sua germana.*

Otras muchas veces se cita el nombre de María entre las esclavas ó collazas del monasterio: hállanse tambien los nombres de Miro, Mira y Miron. En una de las cláusulas dice: *Gudina Miriz genuit María Plaz*. Esto hace dudar si el binomio Misol es contraccion de *Mira Sol* ó de *María Sol*.

De todas maneras aparece que en los primeros diez siglos de la Iglesia, no se usó el llevar el nombre de María, y que solo se principió á usar en España muy entrado ya el siglo X, siendo más frecuente desde el XI, y entre la gente del pueblo aun más que en las clases aristocráticas y elevadas.

Si ha costado no poco trabajo el hacer estas investigaciones con respecto á los tiempos más ocuros y remotos de nuestra historia, y por tanto los más difíciles, no parece que se pueda reputar por tiempo y trabajo perdidos para nuestro objeto de estudiar el desarrollo del culto y devocion á la Virgen María en nuestra patria.

ria al bautizarse, pero al desposarse con D. Alfonso mudó el nombre, tomando el de Isabel, por no considerarse decoroso llevara el nombre de María quien no imitara su virginal pureza. Eso dicen, y quizá haya en el fondo algo de verdad. Véase á Florez: *Reinas católicas*, tomo I.)

(1) *A me etenim inutile et peccatrix Justa cognomento Sole qui fui nota de Rege Domino Bernardo.* (Tumbo de Astorga, Florez: *Reinas católicas*, pág. 131.)

XXIV.

NUEVAS CATEDRALES É IGLESIAS
DEDICADAS A LA VIRGEN MARIA POR LOS ALFONSOS
EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XII.
SELLOS MARIANOS: LAS CADENAS DE NAVARRA.

No era solamente con el advenimiento de la reforma cisterciense y otros institutos religiosos y con la creacion de numerosos y opulentos monasterios de uno y otro sexo, dedicados á María, con lo que se fomentaba su culto en la segunda mitad del siglo XII por los dos Alfonsos VII y VIII de Castilla y por D. Alfonso II de Aragon, que continuaron briosamente y de consuno la obra de la reconquista.

En 1142 conquista á Coria D. Alfonso VII: en 1148 D. Ramon Berenguer logra apoderarse de Tortosa, á la cual habia intentado conquistar Alfonso el Batallador poco ántes de su muerte. En Tortosa ocurre poco despues un portentoso, que ilustra para siempre aquella ciudad, y al cual consagraremos en breve un capítulo interesante.

Alfonso VII puebla á Ciudad-Rodrigo y la amplia y restaura Fernando II en 1160, dedicando la catedral á la Virgen María. El sello de la iglesia enseña la simbólica jarra con los lirios, emblema del misterio de la Anunciacion sagrada, y lleva por leyendas alusivas á María: «como el lirio entre las espinas.» (*sicut lilium inter spinas.*)

En 1170 Alfonso VIII se apodera de Cuenca, ayudándole en esta empresa su cuñado D. Alfonso II de Aragon, y dedica asimismo la nueva catedral para el culto de María.

En aquel mismo año se apodera de Albarracin un caballero navarro llamado D. Pedro Ruiz de Azagra, y aunque dedicó la iglesia de aquella al Salvador, pone la ciudad bajo la proteccion, salvaguardia y señorío de la Virgen María, titulándose *vasallo de Santa María*, para no serlo de ningun rey, ni reconocer feudo á ningun soberano.

El mismo Alfonso II de Aragon conquista al año siguiente (1171), los territorios de Teruel y Segorbe, donde más adelante se erigió catedral en la una, y se restauró en esta otra la antigua sede, que habia existido no solamente en tiempo de los godos, sino por largos años durante la época mozárabe. En su escudo de armas ostenta esta iglesia la efigie de la Virgen al estilo moderno, en pie y con el Niño Jesus desnudo y al brazo derecho. De seguro que no estaba así en los primitivos sellos y armas de aquella iglesia, y fuera mejor volver á usarlo cual debió ser en los primeros tiempos, y cual se vé en los escudos de las iglesias de Pamplona, Tor-